

ningún pueblo del Norte puede amenazarnos. Leemos sobre ellos en los libros de los antiguos; las crueldades que esos pueblos cometen por instinto, nos hacen lanzar suspiros bajo nuestras pacíficas arboledas. En los auténticos decorados de los pintores vemos esas caras de réprobos con sus terribles fauces abiertas, esas mandíbulas provistas de grandes y afilados dientes; esos ojillos maliciosos que parecen buscar la presa que sus dientes harán pedazos. Cuando los chicos no se portan bien, les mostramos esas figuras y ellos se lanzan lloriqueando en nuestros brazos. Mas eso es cuanto sabemos de los hombres del Norte. Nunca los hemos visto, y si no salimos de nuestra aldea tampoco los veremos jamás, aunque quisieran dejarse caer sobre nosotros a toda la velocidad de sus caballos salvajes. El país es demasiado vasto y no les permitirá acercarse; su galope se perdería en el vacío.

Entonces ¿por qué dejemos nuestros hogares, el río y los puentes, nuestros padres, la esposa deshecha en lágrimas, los niños que necesitan nuestros cuidados, y partimos a la ciudad distante a instruirnos, mientras nuestros pensamientos viajan todavía más lejos, hasta la Muralla que está en el Norte? ¿Por qué? La Dirección lo sabe. Nuestros superiores nos conocen muy bien. Ellos, presa de gigantescas ansiedades, están al tanto de nosotros, conocen hasta nuestros pequeños trabajos, nos ven reunidos en humildes cabañas y aprueban o desaprueban el rezo vespertino que el jefe de familia eleva junto a los suyos. Y si se me permitiera este juicio sobre la Dirección, yo diría que en mi opinión ha existido desde muy antiguo, y que no se ha reunido de improviso, como una junta de mandarines apresuradamente convocados para discutir un bello sueño; deciden, y ya a la noche con redobles de tambores sacan a los pobladores de sus camas, y para cumplir lo acordado los hacen ir aunque no sea más que a una iluminación en honor de un dios que pudo haber favorecido ayer a sus señores, para mañana, en cuanto los faroles se apaguen, apalearlos en un rincón oscuro. Quiero más bien pensar que la Dirección es tan antigua como el mundo, lo mismo que la decisión de levantar la Muralla. ¡Inconscientes pueblos del Norte que imaginaron ser ellos la causa! ¡Inconsciente y Honorable Emperador que creía haberla ordenado! Nosotros, que construimos la muralla, sa-

bemos que no es así, y guardamos silencio. Durante la construcción de la Muralla y luego hasta hoy, me he dedicado casi exclusivamente a la historia comparada de los pueblos —hay ciertas cuestiones a cuyo fondo sólo se puede llegar mediante este método— y he descubierto que nosotros los chinos poseemos algunas instituciones sociales y políticas cuya claridad es asombrosa, así como tenemos otras de incomparable oscuridad. El deseo de investigar las causas de estos fenómenos, sobre todo del último, me excita y siempre me ha excitado, pues la construcción de la Muralla guarda una relación estrechísima con esos problemas.

Una de las más oscuras de nuestras instituciones es, sin lugar a dudas, el Imperio. Aunque naturalmente, en Pekín, dentro de la Corte, hay alguna claridad sobre el asunto, esa misma claridad es más ilusoria que real. En las universidades, los profesores de derecho y de historia afirman su conocimiento exacto del tema y su capacidad para transmitirlo a los estudiantes. Conforme uno desciende a las escuelas elementales, como es natural van desapareciendo las dudas de profesores y alumnos en el propio saber, y un barniz cultural infla monstruosamente algunos preceptos embutidos en las mentes del pueblo durante siglos, preceptos que a pesar de no haber perdido nada de su eterna verdad, permanecen eternamente invisibles en medio de esa niebla de confusión.

Y en mi opinión, es justamente sobre el Imperio que el pueblo común deberá ser consultado, porque después de todo el pueblo es el último puntal del Imperio. Aquí debo confesar, que una vez más sólo puedo hablar de mi aldea. Dejando de lado las divinidades agrarias, cuyos ritos ocupan el año de forma tan variada y bella, únicamente pensamos en el Emperador. Pero no en el actual. Porque pensaríamos en él si le conociéramos o supiéramos algo particular sobre su persona. Hemos intentado siempre —es nuestra única curiosidad— conseguir algún dato a este respecto, pero aunque parezca increíble nos ha sido casi imposible averiguar nada, ni por los peregrinos, que ya han recorrido muchas tierras, ni en las aldeas vecinas o lejanas, ni por los marineros, que aparte de navegar por nuestros arroyos, lo han hecho también en los ríos sagrados. Se oyen decir muchas cosas, pero nada en concreto.

Nuestro país es tan inmenso que ninguna leyenda puede dar idea de su grandeza. El cielo mismo apenas puede abarcarlo, y Pekín es sólo un punto y el palacio imperial es menos que un punto. El Emperador, como tal, sobrepasa todas las jerarquías del mundo. Pero el Emperador, como persona, es un hombre como uno de nosotros, que duerme como nosotros en una cama, quizá de holgadas dimensiones, aunque es probable que sea corta y angosta. Igual que nosotros, en ocasiones se estira y cuando está muy cansado bosteza con su delicada boca. Mas nosotros, que vivimos al Sur, a millares de leguas, casi en los contrafuertes de la meseta tibetana ¿qué podemos saber de todo esto? Por lo demás aunque recibiéramos noticias, nos llegarían atrasadas, serían viejas. Alrededor del Emperador se congrega una brillante pero enigmática multitud de cortesanos —maldad y hostilidad disfrazada de amigos y servidores—, el contrapeso del poder imperial, siempre procurando sacar al Emperador del fiel de la balanza, con sus flechas envenenadas. El Imperio es eterno, pero el propio Emperador se bambolea y cae, e incluso dinastías completas acaban por desmoronarse y desaparecer. De esas luchas y sufrimientos nunca se enterará el pueblo; como rezagado forastero en una ciudad, está al final de alguna atestada callejuela lateral, comiendo tranquilamente la merienda traída, mientras más allá, en la plaza del mercado, en el corazón de la ciudad, se lleva al cabo la ejecución de su príncipe.

Hay una parábola que describe muy bien esta situación: El Emperador —así dicen— te ha enviado a ti, al solitario, el más mísero de sus súbditos, a la minúscula sombra escondida lejos del gran sol imperial; a ti, justamente a ti, el Emperador manda un mensaje desde su lecho de muerte. Ha ordenado que el mensajero se arrodille a su lado y le susurró el mensaje al oído. Tal importancia daba al mensaje que lo hizo repetir en su propio oído. El Emperador lo ha confirmado, afirmando con su cabeza. Ante los innumerables espectadores de su agonía —todos los muros que obstruían la vista fueron derribados, y en el amplio y elegante rellano de la majestuosa escalinata hacen rueda los grandes príncipes del Imperio— el Emperador, ante todos, ordenó partir al mensajero. Al momento el mensajero parte; es un hombre fuerte, infatigable; y ora con el brazo iz-

quierdo, ora con el derecho, va abriéndose paso entre la multitud; si le oponen resistencia le basta con que muestre su pecho donde refulge el signo del sol; el camino es más fácil para él que lo sería para cualquier otro hombre. Pero la muchedumbre es tan inmensa que no tiene fin. ¡Cómo correría, si lograra llegar a campo abierto! ¡Qué pronto oirías en tu puerta el golpe pesado de sus puños! En cambio, agota inútilmente sus fuerzas; todavía está abriéndose paso a través de las cámaras del palacio interior; nunca terminará de atravesarlas, y aunque lo hiciera no ganaría mucho con ello; tendría que cruzar los patios y luego de éstos, el segundo palacio exterior; y otra vez escaleras y patios; y de nuevo un palacio; y así durante miles de años; y si al fin llegara a irrumpir por la última puerta —pero eso jamás, jamás podrá suceder— tendría ante él la ciudad imperial, el centro del mundo, llena a reventar de gente. Nadie es capaz de abrirse paso por ahí aun llevando el mensaje de un muerto. Tú, en cambio, aguardas en tu ventana y te lo imaginas, al atardecer.

Así, en forma tan desesperada y tan esperanzada al mismo tiempo, ve nuestro pueblo al Emperador. No sabe qué Emperador reina, e incluso existen dudas sobre el nombre de la dinastía. En la escuela enseñan mucho sobre las dinastías y el orden de la sucesión, pero la inseguridad general en la materia es tan grande, que aún los más eruditos dudan. Emperadores muertos desde hace siglos son elevados al trono en nuestras aldeas, y la proclamación de un emperador que solamente sobrevive en las epopeyas fue leída frente al altar por un sacerdote. Batallas que se libraron en los más remotos tiempos de nuestra historia, son algo nuevo para nosotros, y un vecino nos trae la noticia con la cara encendida de emoción. Las mujeres de los emperadores, presuntuosas y de vida regalada, desviadas de la honrosa tradición por viles cortesanos, llenas de ambición, colmadas de codicia, eufóricas de lujuria, repiten una y otra vez sus abominaciones. Cuanto más alejadas en el tiempo más terribles y vivos son los colores con que se pintan las hazafías, y con gritos de terror alguna vez se entera nuestra aldea de que una emperatriz, miles de años atrás, bebió la sangre de su esposo a lentos sorbos.

Así es el conocimiento de nuestro pueblo, de los empera-

dores que en otro tiempo fueron; mientras que al que vive lo confunde con los muertos. Si alguna vez, sólo una en la vida de un hombre, un funcionario del imperio, en su recorrido por las provincias llega casualmente a nuestra aldea, nos comunica en nombre del Gobierno ciertas disposiciones, examina las listas de impuestos, preside los exámenes en las escuelas, interroga al sacerdote sobre sus quehaceres; luego, antes de subirse a su litera, dirige unas palabras grandilocuentes a los aldeanos reunidos; entonces aparece una sonrisa en las caras de la gente, todos se miran de reojo y se inclinan sobre los niños, para que el funcionario no se dé cuenta. ¿Cómo?, piensan: habla de un muerto como si todavía viviera; ese Emperador muerto hace mucho, su dinastía se ha extinguido; este buen funcionario nos está gastando una broma, pero haremos como si no lo advirtiéramos, para no ofenderlo. Pero nosotros no obedeceremos fervorosamente a nadie sino a nuestro actual Emperador, pues lo contrario sería un crimen. Y al alejarse la litera del funcionario surge como señor del pueblo una sombra que eventualmente exaltamos y que habitó, sin duda, una urna ya reducida a polvo.

Del mismo modo, nuestro pueblo se interesa muy poco en las revoluciones del país y en las guerras contemporáneas. Recuerdo un incidente de mis años mozos. Había estallado una revolución en una provincia limítrofe pero, sin embargo, muy distante. Yo no me acuerdo de sus causas, ni tienen importancia ahora; ocasiones las había todos los días, porque nunca faltan los motivos cuando la gente es levantisca. Bien, un día un pordiosero que atravesaba esta provincia trajo a la casa de mi padre una octavilla publicada por los rebeldes. Ocurrió que era un día de fiesta y nuestra casa estaba llena de invitados; el sacerdote ocupaba el sitio de honor y estudiaba la proclama. De pronto todos se echaron a reír, y en la confusión la hoja se rompió; el pordiosero, que había recibido ya copiosa limosna, fue sacado a empujones, las visitas salieron a gozar del hermoso día. ¿Por qué? El dialecto de esa provincia limítrofe se diferencia del nuestro en algunos aspectos esenciales y esa diferencia ocurre también en ciertos giros del lenguaje escrito, que para nosotros tienen un carácter arcaico. No había leído el sacerdote un par de líneas, cuando nosotros habíamos tomado ya una determinación. Antiguas historias, descritas mucho tiempo

atrás, viejos infortunios tiempo ha olvidados. Y aunque —según lo recuerdo— el horror del presente llegaba de modo irrefutable en las palabras del mendigo, todos meneaban la cabeza riendo y se rehusaban a seguir escuchando. Así de afanoso está nuestro pueblo por olvidar el presente.

Si de tales hechos hubiera de deducirse que en realidad carecemos de Emperador, no se estaría muy lejos de la realidad. Hay que repetirlo una y otra vez: Quizá no haya pueblo más fiel al Emperador que el nuestro del Sur, pero al Emperador de nada le sirve nuestra fidelidad. Es verdad que el dragón sagrado está en su pequeño pedestal al término de nuestra aldea, y que desde que la memoria recuerda ha vuelto hacia Pekín su aliento de fuego; pero Pekín es más inconcebible para nosotros que la extraterrena vida. ¿Existirá en verdad una aldea donde las casas estén una junto a otra cubriendo los campos en una extensión mayor que la que uno puede divisar desde nuestros cerros, y será posible que esas casas estén atestadas de multitudes de día y de noche? Nos es más difícil imaginarnos tal visión de esa ciudad que pensar que Pekín y su Emperador forman un todo: una nube, por decirlo así, que en el correr de los años vaga lentamente bajo el sol.

De tales opiniones se desprende una vida relativamente libre, sin apremios. Sin embargo esto no quiere decir que sea una vida inmoral; en mis viajes no hallé nunca una pureza de costumbres semejante a la de mi aldea. Es una vida tranquila, despreocupada de las leyes contemporáneas, y que sólo acepta exhortaciones y mensajes provenientes de tiempos remotos.

Me guardo muy bien de generalizar, y no digo que suceda lo mismo en las incontables aldeas que hay en mi provincia, y mucho menos en las quinientas provincias de China. Mas me aventuraría a afirmar, dados los muchos documentos que sobre esto he leído, unido a mis observaciones personales —en particular durante la construcción de la muralla, cuando la enorme cantidad de gente movilizaba daba al hombre sensible la oportunidad de conocer el alma de casi todas las provincias—, es decir, basándome en todo esto, quizá me atreva a afirmar que el concepto que por lo general se tiene del Emperador coincide invariable y sustancialmente con el que prevalece en mi aldea. No digo que esa concepción

sea una virtud: Todo lo contrario. Es cierto que la responsabilidad primordial le corresponde al gobierno, el que en el imperio más antiguo de la tierra no ha logrado desarrollar —o ha desafiado desarrollar— las instituciones imperiales con esa precisión indispensable para ejercer su influencia directa y continuada hasta en los últimos extremos del país. Además el pueblo adolece de cierta falta de fe y de poder de imaginación, y eso le impide sacar al Imperio de su estancamiento en Pekín y abrazarlo en toda su palpitante realidad contra su leal corazón, que no ambiciona otra cosa sino sentir su contacto, y luego morir. Por lo tanto, nuestra actitud hacia el Emperador no es una virtud. Lo más notable es que esa misma debilidad parece constituir uno de los motivos que con más fuerza influye en la unificación de nuestro pueblo; lo que significa, si se me permite la expresión, la tierra misma que habitamos. Afirmar que es un defecto básico significaría no sólo hacer vacilar nuestras conciencias, sino, también, nuestros pies. Por esta razón no deseo ir más allá en la investigación de este problema.

UNA ARTISTA DEL HAMBRE

En los últimos diez años, el interés por los ayunadores ha perdido muchísimo. Antes daba buen resultado organizar grandes exhibiciones de este tipo como espectáculo independiente, lo que ahora es absolutamente imposible hacer. Aquellos eran otros tiempos. Entonces toda la ciudad se ocupaba del ayunador; aumentaba su interés cada día de ayuno que pasaba; todos deseaban verle al menos una vez al día; y ya en las últimas jornadas del ayuno no faltaba quien permaneciera días enteros sentado junto a la pequeña jaula del ayunador; había, por otra parte, exhibiciones nocturnas, cuyo efecto se realzaba con antorchas; cuando hacía buen tiempo se sacaba la jaula al aire libre, y era entonces cuando les mostraban el ayunador a los niños. Para los adultos aquello no pasaba de ser sino una broma en la que tomaban parte más que nada porque estaba de moda; en cambio los niños, cogidos de las manos por prudencia, miraban asombrados y boquiabiertos a aquel hombre pálido, con camiseta oscura, al que se le podían contar las costillas y que, despreciando un asiento, yacía ten-

dido en la paja extendida por el suelo, y saludaba a veces cortésmente o respondía con forzada sonrisa a las preguntas que se le dirigían o sacaba en ocasiones un brazo por entre los hierros para hacer notar su delgadez, volviendo luego a sumirse en su propio yo, sin que le preocupara ya nadie ni nada, ni siquiera la marcha del reloj, para él de tanta importancia, única pieza de mobiliario que tenía su jaula. Entonces se quedaba mirando al vacío, delante de él, con los ojos entreabiertos, y sólo de cuando en cuando bebía en un vasito un pequeño sorbo de agua para humedecerse los labios.

Además de los espectadores, que de continuo se iban renovando, había allí, designados por el público, vigilantes permanentes. Estos, que, cosa curiosa, solían ser carniceros, tenían que ser siempre tres en función simultánea y su misión era observar día y noche al ayunador para evitar que éste, por cualquier medio oculto, pudiese ingerir alimento. Cosa que sólo obedecía a una formalidad encaminada a tranquilizar a las masas, pues los iniciados sabían de sobra que el ayunador, mientras duraba el ayuno, por ningún motivo, ni aun a la fuerza, tomaría la más ínfima porción de alimentos; el honor de su profesión se lo prohibía.

Por cierto que no todos los vigilantes eran capaces de entender esa ética; en repetidas ocasiones, en la noche, los vigilantes del grupo en turno ejercían su cometido con blandura: se juntaban a propósito en cualquier rincón y allí se sumían en los lances de un juego de cartas con la abierta intención de otorgar al ayunador un pequeño respiro, durante el cual, suponían, podría sacar secretas provisiones, no se sabía de dónde. Nada causaba mayor tormento al ayunador que tales vigilantes; le atribulaban; le dificultaban sobre manera su ayuno. A veces, sobreponiéndose a su debilidad cantaba durante todo el tiempo que duraba aquella guardia; y lo hacía mientras tenía aliento, para demostrarles lo injusto de sus sospechas. Pero de poco le valía, pues entonces se maravillaban de aquella su habilidad que le permitía comer y cantar a un tiempo.

Prefería mil veces a los vigilantes que no se apartaban de las rejas, y que no satisfechos con la tenue iluminación nocturna de la sala, le lanzaban a cada instante el rayo de las lámparas eléctricas de bolsillo que les proporcionaba

el empresario. La luz cruda no le molestaba; por lo regular no llegaba a dormir, pero quedarse un poco traspuesto podía hacerlo en cualquier momento y con cualquier luz, hasta con la sala llena de bullicioso gentío. Estaba siempre dispuesto a pasar toda la noche en vela con tales vigilantes; se encontraba en la mejor disposición para bromear con ellos, contarles historias de su vida de vagabundo y escuchar, en cambio, las suyas, con el sólo propósito de continuar despierto, para demostrarles nuevamente que no tenía en la jaula nada comestible, y que soportaba el hambre como ninguno de ellos era capaz de hacerlo. Pero cuando más feliz se sentía era al llegar la mañana, y, por su cuenta, se les servía a los vigilantes un opíparo desayuno, al cual se abalanzaban con el apetito de hombres fornidos que han sufrido una noche de vigilia. Es verdad que no faltó gente que quisieran ver en este desayuno un descarado soborno a los vigilantes, pero la cosa se seguía repitiendo, y si se les preguntaba si deseaban tomar a su cargo, sin desayuno, la guardia nocturna, no lo rechazaban, pero mantenían siempre sus sospechas.

Todas estas sospechas formaban parte y eran inherentes a la profesión del ayunador. Nadie estaba en condición de poder pasar, ininterrumpidamente, días y noches como vigilante junto al ayunador; nadie por consiguiente, podía saber por propia experiencia si en verdad había ayunado sin interrupción y en absoluto; sólo el propio ayunador podía saberlo, ya que él era, al mismo tiempo, un espectador de su hambre totalmente satisfecho. Aunque, por otro motivo, tampoco lo estaba nunca. No se sabía si era el ayuno la causa de su delgadez, tan espantosa, que muchos, con gran pena suya, debían privarse de frecuentar sus exhibiciones por sentirse incapaces de soportar su vista; tal vez su esquelética flacura le venía del descontento consigo mismo. Solamente él sabía —únicamente él y ninguno de sus adeptos— qué fácil resultaba ayunar. Era la cosa más sencilla del mundo. Ciertamente, él no lo ocultaba, pero nadie le creía; en el mejor de los casos, le tomaban por modesto; pero, generalmente le calificaban de propagandista o de ser un vulgar charlatán para quien el ayuno era cosa fácil porque sabía la manera de hacerlo fácil y que, por lo demás, no tenía escrúpulo en darlo a entender. Debía soportar todo esto, y, con el correr de los años, ya se había acostumbrado a ello; mas, en su fuero

interno siempre le torturaba este descontento y nunca, a término de su ayuno —ésto había que recalcarlo—, había dejado su jaula por propia voluntad.

El empresario había señalado cuarenta días como máximo período de ayuno, más allá del cual no le permitía ayunar ni aun en las grandes capitales. Y no le faltaban buenas razones para ello. La experiencia le había demostrado que, durante cuarenta días, ingeniándose con propaganda bien organizada, se lograba conseguir progresivamente la curiosidad e interés de un pueblo, pero pasado este plazo, el público no acudía a visitarle, disminuía el interés y el crédito de que era objeto el artista del hambre. Claro que al respecto podían notarse algunas diferencias según las ciudades y las naciones; mas, por lo regular, los cuarenta días eran el período máximo de ayuno posible. Por este motivo, a los cuarenta días era abierta la puerta de la jaula, adornada con guirnaldas de flores; un público entusiasmado atiborraba el anfiteatro; se escuchaban los acordes de una banda militar; dos médicos entraban en la jaula para reconocer al ayunador, según normas científicas, y el resultado de este reconocimiento era proclamado en la sala a través de un altavoz; y, finalmente dos damitas, dichas de haber sido escogidas para desempeñar aquel papel por medio de un sorteo, iban a la jaula y trataban de sacar de ella al ayunador y hacerle bajar un par de pedañitos para acercarle a una mesita en la que se veía servida una comidita de enfermo, especialmente escogida. Y ahora era cuando el ayunador siempre se resistía.

Es verdad que ponía voluntariamente sus huesudos brazos en las manos que las dos señoritas, inclinadas hacia él, le tendían dispuestas a auxiliarle, mas se resistía a ponerse en pie. ¿Por qué interrumpir el ayuno justamente entonces, a los cuarenta días? Podía aguantar todavía mucho tiempo más, un tiempo ilimitado; ¿por qué cortarlo entonces, cuando estaba en lo mejor del ayuno? ¿Por qué impedirle la gloria de continuar ayunando, y no solamente la de llegar a ser el mejor ayunador de todos los tiempos, cosa que seguramente ya había logrado, sino también la de superarse a sí mismo hasta lo inverosímil, pues no concedía límite alguno a su capacidad de ayunar? ¿Por qué motivo aquellos que fingían admirarle tenían tan poca paciencia con él? Si todavía podía seguir ayunando, ¿por qué no se lo permitían? Por otra parte, estaba

cuando; se encontraba muy a gusto tendido sobre la paja y ahora debía pensar en qué cuán largo era, y acercarse a una comida, cuando de solo pensar en ella sentía náuseas que por respeto a las damas se esforzaba en contener. Y levantaba sus ojos para mirar a las señoritas, aparentemente tan amables y en realidad tan crueles con él, y luego, sobre su débil cuello, movía negativamente la cabeza, que le pesaba como si fuera de plomo. Después siempre pasaba lo mismo; se acercaba el empresario silenciosamente —con la música no se podía hablar— alzaba los brazos sobre el ayunador, como si llamara al cielo a contemplar el estado en que se encontraba, sobre el montón de paja, aquel mártir digno de compasión, cosa que el pobre hombre, aunque en otro sentido no dejaba de serlo: Tomaba al ayunador por la endeble cintura, observando al hacerlo grandes precauciones, como si deseara hacer notar que tenía entre sus manos algo tan frágil como el vidrio; y dándole una disimulada sacudida, de tal manera que al ayunador, sin que lo pudiera evitar, se le movían de un lado para otro las piernas y el tronco, era entregado a las damitas, que en el interior se habían puesto mortalmente pálidas.

Era en ese momento cuando el ayunador sufría lo indecible; la cabeza le caía sobre el pecho, como si le diera vueltas, y sin darse cuenta del porqué de haber quedado en aquella postura; sentía el cuerpo como vacío; las piernas, esforzándose por mantenerse en pie, apretaban sus rodillas una contra otra; los pies rascaban el suelo como si no fuera el piso y buscaran a éste bajo aquél; y todo el peso de su cuerpo, por lo demás muy liviano, caía sobre una de las damitas, quien, implorando auxilio, sofocada —nunca podía haberse imaginado de esta forma aquella misión honorífica—, alargaba todo lo que podía el cuello para al menos esquivar su rostro del contacto con el ayunador. Mas al ver que no lo conseguía, y que su compañera, más afortunada, no acudía en su ayuda, sino que se limitaba a tomar entre sus manos tamborosas el minúsculo grupo de huesos de la mano del ayunador, la portadora, entre las alegres carcajadas de todos los asistentes, caía en sollozos había que era liberada de su cargo por un criado, adiestrado debidamente para ello desde hacía mucho tiempo.

Luego venía la comida, en la cual el empresario, en el se-

misueño del desenjauido —que más semejaba un desvanecimiento que un sueño—, le obligaba a ingerir algo durante un entretenido diálogo con que distraía la atención de los espectadores del miserable estado en que se encontraba el ayunador. Más tarde venía un brindis hacia el público, que el empresario decía lo ofrecía el ayunador; la orquesta apoyaba todo con fuerte sonar de trompetas. El público se retiraba y todos quedaban satisfechos de lo que vieron; todos, con excepción del propio ayunador, el artista del hambre; todos, excepto él.

Vivió así muchos años, interrumpidos por periódicos descansos, respetado por el mundo, en una situación aparentemente espléndida; pero, a pesar de eso, casi siempre estaba invadido de gran melancolía que iba aumentando cada día, pues, según él, nadie le consideraba en serio, como era debido. Por otra parte, ¿con qué lo consolarían? ¿A qué otra cosa podría aspirar? Y si de repente aparecía alguien que le animara, que le compadeciera y que deseara hacerle entender que, sin duda, su tristeza provenía del hambre, podía suceder, sobre todo si estaba ya muy avanzado el ayuno, que el ayunador reaccionara con un furioso estallido de ira, y que ante el espanto de todos empezara a mover como una bestia los hierros de la jaula. Pero para esas ocasiones el empresario contaba con un castigo que le satisfacía mucho aplicar. Podía excusar por la conducta del ayunador ante el público presente, señalando que la irritabilidad —incomprensible en hombres bien alimentados— provocada por el hambre, podía hacer perdona la conducta del ayunador. Luego, al tratar este tema, para explicarle pasaba a rebatir la aseveración del ayunador de que estaba en condiciones de ayunar mucho más tiempo del que ayunaba; elogiaba la noble ambición, la buena voluntad, el renunciamiento a sí mismo que claramente se desprendía de esta afirmación; mas, de inmediato, procuraba echarla por tierra con el sólo hecho de mostrar unas fotografías —que en ese momento se ponían a la venta—, pues en el retrato aparecía el ayunador en cama, medio muerto de inanición, a los cuarenta días de su ayuno. Todo esto lo conocía muy bien el ayunador, pero se le hacía cada día más insoportable esa espantosa deformación de la verdad. ¡Se mostraba ahí como causa lo que únicamente se había producido a consecuencia del intempestivo fin del ayuno! No se podía